

RAUL LECAROS ZEGERS
SECRETARIO GENERAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

atle.

D.J.G
NOVIEMBRE 1984
EMMO. C. J. RATZINGER
V. MESSORI

N o t a

El texto que sigue, es como lo explica su autor - el periodista católico Vittorio Messori - el resultado resumido de varias jornadas de conversación-entrevista con el Emmo. Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. El texto apareció como "dossier" en la revista italiana "Jesús", Año VI, correspondiente al mes de noviembre de 1984.

Los textos que aparecen entre comillas son reproducción textual de palabras del Cardenal.

Dado el indudable interés de los problemas que plantea el Cardenal Ratzinger, ha parecido conveniente hacer una traducción del texto íntegro de las referidas conversaciones, con vistas a su difusión en lengua castellana. Aunque se ha procurado la mayor exactitud en la traducción, es posible que tenga imperfecciones, y por eso sería, bueno en caso de duda, confrontar el texto con el original italiano.

JORGE MEDINA E., pbro.

Santiago, 28 de Noviembre de 1984

VITTORIO MESSORI EN CONVERSACION CON
JOSEPH RATZINGER
"POR QUE LA FE ESTA EN CRISIS"

"HE AQUI POR QUE LA FE ESTA EN CRISIS"

El Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe puso a disposición de nuestro enviado algunos días de las vacaciones que pasó en Brezzanone. Se trata de la más larga y completa entre las escasas entrevistas concedidas por el responsable de un organismo vaticano cuya reserva es legendaria. Respondiendo con franqueza a las preguntas, el Cardenal Ratzinger ha trazado un "mapa" inédito y autorizado acerca de la situación de la Iglesia. Aquí anticipamos algunos de los contenidos más significativos. Los textos completos del coloquio serán publicados en un volumen de las Ediciones Paulinas con el título de "Informe sobre la Fe".

No sucede a muchos poder someter a interrogatorio al responsable de aquella institución que -conocida con el nombre de "Santa Inquisición Romana" y llamada después "Santo Oficio"- desde hace más de cuatro siglos tiene fama de especialista en interrogatorios. Este papel que fue y es de poquísimas personas, nos tocó. Incluso parece que la entrevista que nos fue concedida es, en términos absolutos, la más larga y completa entre las escasísimas entrevistas concedidas por una Congregación cuya reserva es legendaria.

En efecto, el Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (así se llama el Santo Oficio desde 1965), decidió poner a nuestra disposición algunos días, de los que por demás muy pocos, de sus vacaciones que pasa con sencillez en el Seminario de Bressanone. Entre el 15 y el 18 de Agosto, antes de volver a enfrentar Roma y la "Bagarre" de otoño a causa de la presentación de la "Instrucción" sobre la Teología de la Liberación, el Cardenal Ratzinger nos dió tiempo, trabajo y confianza, respondiendo con franqueza (cada día desde las 9 de la mañana hasta la tarde...) a nuestras muchas preguntas. En este dossier damos como primicia para

la revista "Jesús" algunos de los contenidos más notables de aquella conversación.

Nos parece un deber precisar que acerca de materias que se encuentran en estudio por parte de la Congregación (por ejemplo: Teología de la Liberación, apariciones de Medjugorje), se nos pidió mantener reserva durante la fase de elaboración del texto. Damos, pues, aquí, la entrevista como fue aprobada por Su Eminencia Ratzinger en los primeros días de Octubre.

Los textos completos de las conversaciones serán publicados en un volumen que Ediciones Paulinas distribuirán en librerías al comienzo del año próximo. Ese libro tendrá por título "Informe sobre la Fe".

En efecto, quien esto escribe, aprovechó la disponibilidad del Cardenal Ratzinger para examinar con él, en una síntesis rápida y dentro de lo posible completa, los puntos fundamentales -y por lo tanto los más amenazados- del edificio de la Fe católica. Ninguna otra persona en la Iglesia (a excepción obviamente del Papa) habría podido responder a nuestras preguntas con mayor autoridad que el Cardenal Joseph Ratzinger. Como se sabe, en efecto, la Congregación para la Doctrina de la Fe es el instrumento por medio del cual la Iglesia promueve la profundización de la Fe y vigila sobre su integridad; es, pues, la depositaria de la ortodoxia.

Un servicio a la Iglesia con frecuencia incomprendido y
"difamado"

"DEFENDER LA ORTODOXIA ES DEFENDER A LOS POBRES"

El servicio que la Congregación para la Doctrina de la Fe ofrece a los católicos es un servicio esencial. Si la Fe es el bien más elevado (y tal es en verdad, en una perspectiva religiosa), quien vigila para que no se corrompa, debería ser considerado por los creyentes más meritorio todavía que quien cuida de la salud del pueblo. ¿Acaso no

hemos sido amonestados para "no temer a aquellos que matan el cuerpo" sino más bien a aquellos que "junto con el cuerpo, pueden matar el alma" (Mt. 10,28)? En realidad la nivelación de la esperanza a la sola historia, con la consiguiente caída de una tensión primaria hacia la vida eterna, ha hecho que incluso a muchos católicos parezca irrelevante (cuando no anacrónica o incluso dañosa) la tarea de la Congregación de la cual Ratzinger es Prefecto. Circulan a este propósito fáciles slogans: según uno de los cuales lo que hoy cuenta sería "comportarse bien", "amar al prójimo" (la ortopraxis), mientras sería secundaria la preocupación por "creer bien", es decir el creer según la Escritura leída en el interior de la tradición de la Iglesia (la ortodoxia). Slogan fácil se decía, porque es superficial: hoy, sobre todo, los contenidos del "amor para con el prójimo" ¿no cambia acaso según los modos de comprender la Fe? Para sacar un ejemplo del tema candente de América Latina, ¿no depende quizás de la profundización de la "ortodoxia" el descubrimiento acerca de cual sea "la ortopraxis", el modo justo para ayudar eficazmente a los pobres? Cómo escoger para la acción concreta entre proposiciones frecuentemente contradictorias, todas ellas convencidas de descender legítimamente del Evangelio sino midiéndose con la teología y, por lo tanto, con los modos de entender la Fe en forma correcta?

Como me ha dicho el mismo Ratzinger: "en un mundo en el que el escepticismo ha contagiado incluso a los creyentes, se considera un escándalo la convicción de la Iglesia de que haya una verdad y que esta verdad sea definible y expresable en modo preciso. Es un escándalo, que hoy es compartido también por aquellos cristianos que han perdido de vista la estructura de la Iglesia, la que no es una organización puramente humana y que por lo tanto debe defender un depósito que no es suyo. Ya no sería la Católica si aquel depósito no fuese común, aceptado por todos. Ciertamente la unidad en la Fe no significa uniformidad de los instrumentos técnicos y de los tipos de reflexión; pero al final todo debe ser referido a una verdad que es redentora y que es única". Brota aquí, de inmediato, una reflexión

sobre la Iglesia y sobre los modos de comprenderla, que es central en la reflexión de Ratzinger; muy justamente por lo demás, porque los supuestos eclesiológicos están en la raíz de muchas de las desviaciones actuales. Nos referiremos a eso más adelante.

Aquí nos importa observar, desde luego, cómo ciertas sospechas y prejuicios con respecto a todo lo que proviene de aquel que con frecuencia se define como "el ex-Santo Oficio", se originan en la leyenda negra creada en torno a esta institución por la polémica anti-cristiana de los siglos XVIII y XIX. En realidad (nos lo confirmaba un estudioso, laico e incluso agnóstico, de los movimientos heréticos, Luigi Firpo) el Santo Oficio fue bastante más equitativo, moderado y prudente de lo que quisiera cierta fama siniestra. La "Inquisición Romana" no debe confundirse, como se hace con demasiada frecuencia, con la Inquisición española, que fue un tribunal estatal, real y que actuó con frecuencia en oposición a Roma, desde donde los Papas no dejaron de progestar y amonestarla. Sea lo que fuere, es cierto que la actual "Congregación para la Doctrina de la Fe, como la quiso Paulo VI, acogiendo un voto del Concilio, tiene bien pocos ángulos que ofrecer a los que se apasionan por leyendas tenebrosas. El mismo presunto "Gran Inquisidor" (como no han dejado de definirlo algunos diarios), aparece con las antípodas de la imagen siniestra y brutal de que algunos quisieran revestirlo.

Joseph Ratzinger, 57 años, viene del colorido, vívido y fiel catolicismo bávaro. "¡Oh, no!" fue su espontánea respuesta cuando le pregunté si, en un país multiconfesional como Alemania, nunca se sintió atraído por el protestantismo: "¡no, no! el catolicismo de la Alemania meridional tocaba música de Mozart en las Iglesias, sabía dar lugar a todo lo que es humano: a la oración, pero también a la fiesta; a la penitencia, pero también a la alegría. Entonces ¿cómo sentirse atraído por el cristianismo luterano o reformado?" Durante los días que pasamos juntos, este hombre que ocupa uno de los cargos más elevados de la Iglesia universal, me ha parecido un hombre manso y humilde, incluso tal vez hasta la timidez, firme en sus convicciones pero al mismo tiempo problemático, como corresponde a

quién es también un gran intelectual. Cuando le pregunté si le había costado pasar de la condición de teólogo (talvez visto de reojo por Roma...), a aquella de contralor del trabajo teológico no dudó en responderme: "Jamás habría aceptado dedicarme a este servicio eclesial si mi tarea hubiese sido ante todo la del control. En realidad, tal como nuestra Congregación fue reestructurada por el motu proprio 'Integrae Servandae' del 7 de Diciembre de 1965 -último día del Vaticano II, ella ha conservado, sí, tareas de decisión y de intervención, pero siempre paralelas a un papel positivo de estímulo, de proposición, de clarificación, de indicaciones". Talvez lo que pone los nervios de punta a algunos es precisamente el hecho que el presunto "gendarme de la Fe" en realidad no sólo tiene estatura de gran teólogo (ha ocupado cátedras de las más prestigiosas, ha publicado libros muy difundidos), sino también de teólogo abierto, moderno, atento a los signos de los tiempos. Experto de Episcopado alemán durante el Concilio Vaticano II, estuvo enseguida entre los fundadores de "Concilium" la revista internacional en la cual se reúne la así llamada "ala progresista de la teología católica".

"¿Un pecado de juventud, Eminencia, este compromiso con "Concilium?", le pregunté bromeando. "Por cierto que no", me responde. "No soy yo quién ha cambiado; cambiaron ellos. Desde las primeras reuniones en 1964 hice presente a mis colegas dos exigencias: la primera era que nuestro grupo no debía ser sectario, arrogante, como si nosotros solos fuésemos la Iglesia verdadera, un nuevo magisterio con la verdad sobre el cristianismo del futuro en el bolsillo. La segunda exigencia era que era preciso confrontarse con la letra y el espíritu de los documentos del Vaticano II, que en aquel momento se celebraba, sin fugas solitarias hacia adelante. Tales exigencias no fueron tenidas presente con posterioridad". Precisamente con ocasión de los 20 años de la Revista se escribió una frase significativa: 'el Vaticano II pertenece todavía al momento eclesiástico, clerical; con documentos tales no es posible avanzar mucho, es necesario superarlos'. Comenta Ratzinger: "Esto es un reconocimiento importante: muestra que, los documentos del Vaticano II, si se toman en su integridad, están plenamente dentro de

la tradición de la Iglesia y no son ciertamente aquellas rupturas que algunos creen o quisieran hacer creer, sea para deplorarlas o para abusar de ellas. Por lo demás, ante el Vaticano II tanto la "derecha" como la "izquierda", al menos en sus formas extremas, caen en contradicciones. Quien siente nostalgia del Concilio de Trento y del Vaticano I, o quien, por el contrario quisiera considerar ya superada la enseñanza de aquellos dos Concilios, olvida que ellos están sostenidos por la misma autoridad -el Colegio de los Obispos en comunión con el Papa- que sostiene al Vaticano II. ¡No es posible escoger en la tradición de la Iglesia lo que nos agrada más!".

He aquí, de pronto, el Vaticano II. Nuestra conversación -y no podía serlo de otro modo- partió naturalmente del evento del cual se celebrarán el año próximo 20 años desde su clausura. Veinte años que han cambiado a la Iglesia bastante más que dos siglos. Pero sobre los frutos del árbol del Concilio, el juicio está aún bien lejos de ser unánime: las dificultades, las crisis que todos conocemos bien, ¿son fiebres de crecimiento o son síntomas de una enfermedad grave? Razonando humanamente, ¿fue en verdad una intuición profética o fue una decisión inoportuna, aquella del Papa Juan, de llamar a la Iglesia a reunirse en aquel momento del siglo XX? ¿Qué decir de los resultados, visto que -después de tanto esfuerzo para "volver a hacer de nuevo creíbles el Evangelio y la Iglesia al hombre de hoy"- en realidad nunca como hoy el hombre parece estar tan lejos de la Iglesia y quizás también del Evangelio? Los edificios del culto se han vaciado drásticamente y aquellos que todavía los frecuentan no son practicantes "nuevos" -convencidos de la "renovada presentación de la fe"- sino que son los restos de los cristianos "viejos", aquellos que ya antes iban a Misa. Si hemos pedido un encuentro con el Cardenal que está situado sobre uno de los observatorios más elevados, ello es también para tratar de comprender.

Cardenal Ratzinger, ayúdenos usted también a orientarnos entre estas preguntas: ¿qué cosa fue el Vaticano II? ¿fue una prueba o un premio para la Iglesia?

Desde este punto , pues, comenzó a desarrollarse nuestra conversación. Y aquí informamos acerca de cuanto emergió de una conversación que, habiéndose ampliado en abanico sobre casi todos los puntos vitales de la Fe, exigirá -ya lo decíamos- el respiro más amplio de un libro para ser adecuadamente enmarcada. Aquí debemos limitarnos a ángulos, a estímulos que conservan aún la espontaneidad de la conversación.

He aquí pues la síntesis de las palabras del "Prefecto de la Fe".

Una evaluación del Vaticano II

"HAY UNA SOLA IGLESIA Y NO UN 'PRE' O 'POST' CONCILIO"

"Aquel inicio de los años '60, ¿era en verdad el momento justo para convocar un Concilio? La historia -sobre todo la historia de la Iglesia que Dios guía através de recorridos misteriosos- no se hace con los 'si'. En aquel período estaba por entrar en escena la segunda generación del post guerra, aquella que no había visto el desastre del conflicto y estaba viendo, por el contrario, el 'boom' económico de occidente. Flotaba en la atmósfera -incluso entre los Obispos, como se vió después- un gran optimismo, una gran confianza en el progreso, en las conquistas de las técnicas, en la distensión internacional. Circulaba también, en la Iglesia una cierta espera de una nueva reflexión común sobre la Fe. Sobre esto todos estaban de acuerdo, incluso mi predecesor el Cardenal Ottaviani. Naturalmente era cuestión de entenderse sobre lo que se quisiera hacer. Permanece el hecho que, llegado el anuncio de la convocación del Concilio, la Curia romana trabajó con empeño para preparar aquellos esquemas que después fueron arrinconados y que (uniformándose por lo demás con las intenciones del Papa Juan) no tocaban ciertamente un 'depositum fidei' que se daba por adquirido y por descontado, sino que buscaban una presentación pastoralmente más adecuada".

"Ciertamente", continúa, "los resultados parecen cruelmente opuestos a las esperanzas de todos, comenzando por aquellas de Juan XXIII y después de Pablo VI: se esperaba una nueva unidad católica y, en cambio, nos hemos encaminado hacia un disenso que -para usar las palabras del Papa Montini- ha parecido pasar de la autocrítica a la autodestrucción. Se esperaba un nuevo entusiasmo y son tantos los que han terminado en el descorazonamiento y en el aburrimiento. Se esperaba un salto hacia adelante y nos hemos encontrado, por el contrario, frente a un proceso progresivo de decadencia que se ha desarrollado, en amplia medida precisamente bajo el signo de invocar el Concilio y que por lo tanto ha contribuido a desacreditarlo ante muchos. El balance parece, pues, negativo; repito aquí lo que ya dije a los 10 años de la clausura de sus trabajos: es incontestable que este período ha sido decididamente desfavorable para la Iglesia católica. Pero ¿este balance amargo es en verdad atribuible, al menos en parte, a fuerzas puestas involuntariamente en movimiento por el Vaticano II? Yo creo que el Concilio no puede ser en realidad considerado responsable de evoluciones o involuciones que -por el contrario- contradicen tanto al espíritu como a la letra de sus documentos. Ya durante las sesiones y después, de manera siempre más amplia, circuló aquello que nosotros, alemanes, llamamos 'konzils-Ungeist', aquel 'anti-espíritu del Concilio' según el cual todo lo que es 'nuevo' (o presuntamente tal: ¡Cuántas antiquísimas eresías han aparecido en estos años como si fuesen una novedad!) sería siempre y naturalmente mejor de lo que ya existió. Un 'anti-espíritu' según el cual la historia que la Iglesia debería recomenzar a partir del Concilio Ecuménico Vaticano II".

"Es necesario oponerse a esta esquematización", insiste, "es necesario rehusar, hablar de Iglesia 'pre' y 'post' conciliar: hay una sola y única Iglesia que camina hacia el Señor que vendrá, profundizando siempre más y comprendiendo siempre mejor el bagaje de Fe que El le confió. En esta historia no hay saltos, no hay fracturas o rupturas de continuidad. El Concilio de Trento, el Vaticano I, en general toda

la tradición, hasta la más antigua, Pío XII y con él todos los Papas de los siglos XIX y XX: esas son las fuentes indicadas en las notas de los documentos del Concilio, junto con la Sagrada Escritura, notas que, frente a cada afirmación, subrayan la continuidad con el pasado. Mi impresión es que las fallas con que ha tropezado la Iglesia en estos 20 años son debidas, más que al verdadero Concilio, al desencadenamiento -en su interior- de fuerzas latentes agresivas, polémicas, centrífugas, quizás irresponsables; y -en el exterior- al impacto de una encrucijada cultural: la afirmación en occidente del grupo medio-superior, de la nueva 'burguesía del terciario' con su ideología liberal-radical de cuño individualístico, racionalístico, hedonístico".

Nuevos problemas de la misión hacia los no cristianos

" CUIDADO CON EL ENFASIS EXCESIVO EN LOS VALORES DE LOS 'OTROS' "

A propósito de la crisis que ha golpeado con particular dureza a los misioneros, dice el Cardenal:

"Es doctrina tradicional, antigua, de la Iglesia que todo hombre está llamado a la salvación y puede de hecho salvarse (si obedece con sinceridad a los dictados de la propia conciencia) aún cuando no sea miembro visible de la comunidad católica. Esta doctrina que -repeto- era ya pacíficamente aceptada, ha sido, sin embargo, excesivamente enfatizada a partir de los años del Concilio, apoyándose en teorías como aquella del 'cristianismo anónimo'. Se ha llegado a decir que existe siempre la gracia cuando alguien -no creyente en alguna religión o seguidor de cualquier religión- se acepta a si mismo como hombre; el cristiano tendría, como algo más, solamente la conciencia de una gracia que, obviamente, estaría en todos. Se ha puesto también énfasis en los valores de las religiones no cristianas las que son presentadas por algún teólogo no como caminos 'extraordinarios', sino 'ordinarios' de salvación. Estas

hipótesis han frenado obviamente en muchos el impulso misionero. '¿Por qué perturbar a los no cristianos induciéndolos al bautismo y a la Fe de Cristo' -han comenzado algunos a preguntarse- 'puesto que su religión es el camino de salvación en su cultura y en su región?'".

"Se ha olvidado, entre otras cosas", continúa, " el vínculo que instaura el Nuevo Testamento entre salvación y verdad, cuyo conocimiento (lo afirma Jesús explícitamente) libera, y, por lo tanto, salva. O, como dice Pablo: 'Dios nuestro salvador quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad', la cual, agrega inmediatamente después, consiste en saber que 'hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús que se ha entregado a si mismo como rescate por todos' (1 Tim. 2,4-7)".

"Muchos, además, en estos años", agrega, "han dado un juicio injusto sobre la relación entre la actividad misionera y el colonialismo, cuyos excesos fueron precisamente mitigados por los misioneros, que (lo reconocen los mismos africanos más objetivos) crearon oasis de humanidad en zonas devastadas por las miserias y opresiones. Es cierto que tantos evangelizadores llevaron consigo un cristianismo en categorías 'occidentales' (¿y que otra cosa podían hacer sino comenzar por un catecismo, el único que conocían?), pero llegaron a ser verdaderos padres de las gentes a ellos confiadas; se debe a ellos el que sea aún posible una cierta amistad entre Europa y Africa. No es ciertamente el caso de exaltar la condición 'pre-cristiana', aquel tiempo de los ídolos que era también el tiempo del temor en un mundo en que Dios estaba lejano y la tierra estaba abandonada a los demonios. Como ya sucedió en la cuenca del Mediterráneo en el tiempo de los apóstoles, así también en Africa el anuncio de Cristo que puede vencer las fuerzas del mal, fue una esperanza de liberación del terror. El paganismo sereno, inocente, es uno de tantos mitos de la era contemporánea".

"Digan lo que digan ciertos teólogos superficiales", observa todavía, "el Diabolo, es para la Fe cristiana, una presencia misteriosa pero real, personal, no simbólica. Y es una realidad poderosa ('el príncipe de este

mundo', como lo llama el Nuevo Testamento, que una y otra vez recuerda su existencia), una maléfica libertad sobrehumana opuesta a la de Dios, como lo muestra una lectura realista de la historia con su abismo de atrocidades siempre renovadas y que no son explicables atribuyéndolas solamente al hombre. El hombre por sí solo no tiene la fuerza de oponerse a Satanás; pero éste no es otro Dios: unidos a Jesús tenemos la certeza de vencerlo. Cristo, el 'Dios vecino', es quien tiene la fuerza y la voluntad de librarnos y por esto el evangelio es en verdad 'buena noticia'. Y por esto debemos continuar anunciándolo a aquellos regímenes de terror que son frecuentemente las religiones no cristianas. Diré más todavía: la cultura atea del occidente moderno vive todavía gracias a la libertad del temor a los demonios que trajo consigo el cristianismo. Pero si esta luz redentora de Cristo tuviese que apagarse, el mundo, aún con toda su sabiduría y con toda su tecnología, volvería a caer en el terror y en la desesperación. Ya hay signos de este retorno de fuerzas oscuras mientras crecen en el mundo secularizado los cultos satánicos.

Las relaciones Iglesia-Mundo: entre cerrazón y apertura

"¿RESTAURACION? SI, CON TAL QUE SIGNIFIQUE UN NUEVO EQUILIBRIO"

Para volver al Vaticano II y a sus efectos, alguno ha dicho que la primera revolución burguesa, la francesa de 1789 arrolló a la Iglesia porque estaba debilitada internamente por cierto espíritu 'libertario', y exteriormente por decisiones sorprendentes, como la disolución de la entonces formidable Compañía de Jesús. La última, por ahora, de las revoluciones burguesas, aquella de 1968 encontró a la Iglesia vulnerable por la fase delicada del post Concilio, por la encrucijada laboriosa del 'aggiornamento': si el astillero no se hubiera abierto, ¿habría producido la tempestad menos daños?

Dice Ratzinger: "Una vez más, es imposible razonar a través de hipótesis; Dios lo ha querido así. Es cierto que muchos miembros de la Iglesia han pasado en estos años de una cerrazón a veces exagerada a una apertura sin filtros ni frenos hacia el mundo contemporáneo y su cultura. El Vaticano II tenía razón al desear una revisión de las relaciones entre Iglesia y Mundo. Sin embargo no conoce ni en la Iglesia ni el mundo quien pensara que estas dos realidades puedan encontrarse sin conflicto, o inclusive mezclarse. Por el contrario, hoy más que nunca, el cristiano debe ser consciente de pertenecer a una minoría y de estar en contraste con aquello que aparece bueno, obvio, lógico, para el 'espíritu del mundo' como lo llama el Nuevo Testamento. Entre las tareas más urgentes del cristiano está la de recuperar la capacidad de oponerse a muchas tendencias de la cultura circundante, renunciando a cierta solidaridad post-conciliar demasiado eufórica".

Así es que, al lado de la "Gaudium et Spes" ¿podemos mantener todavía la "Imitación de Cristo"? "Se trata, obviamente, de dos espiritualidades muy diversas, la 'Imitación' es un texto que refleja la gran tradición monástica medioeval. Pero el Vaticano II no quería por cierto quitar las cosas buenas a los buenos". Y la "Imitación de Cristo" (tomada, se entiende como símbolo de una cierta espiritualidad) ¿está todavía entre las cosas buenas? "Por cierto : entre los objetivos más urgentes del católico moderno está ciertamente recuperar los elementos positivos de una espiritualidad como esa, con toda su conciencia del distanciamiento cualitativo entre la mentalidad de la Fe y la mentalidad mundana. En la 'Imitación' hay ciertamente una acentuación unilateral de la relación privada del cristiano con su Señor. Pero en demasiadas producciones teológicas contemporáneas hay una comprensión insuficiente de la interioridad espiritual. Condenando en bloque y sin apelación la 'fuga saeculi' (huída del siglo) que está en el centro de la espiritualidad clásica, no se ha entendido que había también en aquella 'huída' un aspecto social. Se huía del mundo no para abandonarlo a si mismo, sino para recrear en lugares del espíritu una nueva posibilidad de vida cristiana, y por lo tanto, humana. Se tomaba conciencia de la alienación de la sociedad y -en el desierto o en el monasterio- se reconstruían oasis donde fuera

posible la vida y las esperanzas de salvación para todos".

Es digno de reflexión que hace 20 años se dijera en todas formas que el problema más urgente del católico era encontrar una espiritualidad "nueva", "comunitaria", "abierta", "no sacral", "secular", "solidaria con el mundo". Ahora, después de tanto divagar, se descubre que la tarea urgente es encontrar un enganche con la espiritualidad antigua, aquella de la "huída del siglo".

Pero entonces -pregunto a Ratzinger- ¿no se equivocan aquellos que afirman que, después de los fervores y de los furios post-conciliares, se está produciendo en la Iglesia una especie de 'restauración'? La respuesta es, como siempre, calmada, meditada pero en modo alguno ambigua (con Joseph Ratzinger -y he tenido la prueba concreta de ellos haciéndole decenas de preguntas a todas las cuales ha contestado con franqueza- no funciona ni siquiera el estereotipo que quiere un "Cardenal de Curia" escurridizo y socarronamente diplomático). Expresa, pues, la respuesta: "Si por restauración se entiende una vuelta hacia atrás, entonces no hay restauración posible: la Iglesia va hacia adelante hacia la realización de la historia, mira hacia adelante hacia el Señor. Pero si por 'restauración' entendemos la búsqueda de un nuevo equilibrio después de las exageraciones de una apertura indiscriminada al mundo, después de las interpretaciones demasiado positivas de un mundo agnóstico y ateo; pues bien, entonces sí ésta 'restauración' es deseable y se está, por lo demás, realizando".

El punto es demasiado delicado para no tratar de comprenderlo mejor. Alguien ha afirmado -le digo- que con el Vaticano II la Iglesia ha cerrado la larga era post-tridentina. De la misma manera ¿podrá la Iglesia declarar cerrada la fase post-Vaticano II, colocándose en posiciones diversas, talvez menos 'abiertas'? Ratzinger sonríe: "No es por cierto costumbre de la Iglesia declarar 'cerrada' una experiencia de su historia;

a lo sumo, dándose cuenta que la situación ha cambiado, lo toma en cuenta y actúa en consecuencia". Y ahora, insisto un poco inquieto, ¿ha cambiado en verdad la situación? "Si. El problema de los años '60 era adquirir los mejores valores expresados por dos siglos de cultura 'liberal'. De hecho hay valores que, aún cuando hayan nacido fuera de la Iglesia, pueden encontrar su lugar -una vez depurados y corregidos- en la visión que ella tiene del mundo. Esto se ha hecho. Pero ahora el clima es diverso y ha empeorado mucho respecto a aquello que justificaba un optimismo tal vez ingenuo. Es necesario pues buscar nuevos equilibrios".

Antes de gritar escándalo por la "sepultura del Vaticano II" es necesario no olvidar que lo que dice el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe está apoyado por una experiencia única: aquella de quien, desde lo alto de su observatorio, ve íntegramente la situación de la Iglesia Universal, y es una situación que el Cardenal Ratzinger sintetiza con una palabra: CRISIS. Ni optimista, ni pesimista, sino realista. Y la realidad es aquella que es: la Fe prohíbe abandonarse a la desesperanza, naturalmente pero invita también a no continuar con el nuevo triunfalismo del optimismo fácil. El cristiano sabe que la historia esta salvada y que, por lo tanto, al fin desembocará en lo positivo. Pero no sabe a través de qué vicisitudes y travesías se llegará a aquel gran final. Sabe que "los poderes del infierno no prevalecerán" sobre la Iglesia, pero ignora en que condiciones sucederá esto.

En todo caso ante los problemas cada vez más complejos y ante los peligros cada vez más insidiosos para la ortodoxia, el Cardenal Ratzinger tiene su propia receta, que es por lo demás la receta cristiana de siempre: "Hoy más que nunca debemos ser conscientes de que sólo el Señor puede salvar su Iglesia. Ella es de Cristo, y le toca a El proveer. A nosotros se nos pide trabajar al máximo de las fuerzas, sin angustia, con la serenidad de quien es consciente de ser un siervo inútil, incapaz

de afrontar y resolver por si solo la situación que se ha creado".

Dios como creador, eclesiología, dogma y moral, S.Escritura

"SON ESTOS LOS CUATRO AMBITOS DEL MALESTAR DE LA FE"

" Crisis " pues. Y en por lo menos cuatro ámbitos, cuatro "barrios" fundamentales. Así, por lo menos, me ha parecido poder concluir, reflexionando sobre la grabación de las muchas horas de conversación en Bressanone, confrontándolas con textos, tal vez inéditos, como el informe que Ratzinger hizo a los Obispos Latinoamericanos reunidos en Bogotá en el pasado mes de Marzo. Informe ("Relación") que tiene el título significativo de: "Problemas principales de la Teología contemporánea desde el punto de vista de la Congregación para la Doctrina de la Fe".

En estos cuatro "campos de crisis" (pero pudieran agregarse muchos otros) nos ha parecido que se configura la situación espiritual mundial, estructurada de maneras diversas según las áreas geográficas.

Así pues, entonces, según el diagnóstico del Cardenal, hay ante todo y en el fondo de todo, una crisis de la Fe en Dios, en la primera Persona de la Trinidad, en Dios Padre Creador.

"Temiendo, naturalmente en forma equivocada, que el Padre pueda eclipsar al Hijo, cierta teología tiende hoy a resolverse en Cristología. La cual -entre otras cosas- con frecuencia subraya sobre todo la naturaleza humana de Jesús, oscureciendo o callando (o expresando de modo insuficiente) la naturaleza divina que convive en la misma persona. Es el retorno de la antigua herejía arriana. En una sociedad que, después de Freud, desconfía de todo padre y de todo paternalismo, y que, con el feminismo extremo quiere incluso rebautizar en femenino el nombre de Dios, es también explicable esta crisis del Padre en cuanto primera Persona de la Trinidad".

"Se lo rechaza", continúa "también porque no se acepta la idea de un Dios al cual uno deba dirigirse de rodillas; sólo agrada hablar de 'partnership', de relación de amistad, casi como entre iguales, de hombre a hombre, con el hombre Jesús. Enseguida se tiende a dejar a un lado el problema de Dios creador porque se quieren evitar los problemas planteados por la relación entre la Fe en la creación y las ciencias naturales, comenzando por las perspectivas abiertas por el evolucionismo. Así, hay nuevos textos para la catequesis que no parten ya de Adán y Eva, del comienzo del Libro del Génesis, sino de la vocación de Abraham: así todo se concentra solamente alrededor de la 'historia' evitando confrontarse con el 'ser'. De esta manera sin embargo si Dios se reduce al sólo Cristo -incluso solo al hombre Jesús-, Dios ya no es Dios. Y de hecho parece que cierta teología ya no cree en un Dios que puede entrar en las profundidades de la materia: de aquí las dudas sobre los aspectos 'materiales' de la revelación, como la virginidad de María, la resurrección concreta y real de Jesús, la resurrección del cuerpo prometida a todos al fin de la historia. No es una casualidad, por cierto, que el Credo comience confesando: 'Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la Tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Esta Fe primordial en el Dios que crea, constituye como el clavo del cual penden todas las otras verdades de la revelación. Si este punto vacila, todo cae".

Vendría enseguida el segundo ámbito, la crisis de la Fe en la Iglesia como misterio.

Escuchemos también a este respecto las palabras del Cardenal Ratzinger: "En muchos teólogos católicos se ha difundido una mentalidad que se diría vecina más aún que al modelo clásico protestante, a aquel de ciertas sectas o 'iglesias libres' norteamericanas. Es el concepto de una Iglesia como organización puramente humana, cuyos miembros serían libres de estructurarla y de organizarla como les agradara, según las exigencias del momento. Para muchos, en efecto, se ha derrumbado la Fe en la fundación divina de la Iglesia, confiada a los hombres pero querida en sus estructuras fundamentales por Dios mismo, y, por lo tan-

ta, no disponible a contínuas modificaciones para favorecer las tendencias de moda o las necesidades de un cierto momento. En la visión católica, detrás de la fachada humana está el misterio de una realidad sobrehumana, sobre la cual el sociólogo o el reformador humano no tiene autoridad alguna para intervenir. Si esta concepción misteriosa, sacramental, de la Iglesia, se evapora, se evapora también por consiguiente lo ineludible de su estructura jerárquica. Ya no se entenderá la necesidad de la obediencia como virtud, porque no se cree en una autoridad querida por Dios, que tiene sus raíces en Dios y no solamente en el consentimiento de la mayoría, como es el caso en las estructuras políticas. Sin esta visión sobrenatural y no sólo sociológica, también se vacía la cristología misma: así como la Iglesia es una estructura humana, también el evangelio se mira como un proyecto humano, el proyecto-Jesús".

"Una semejante eclesiología horizontalmente aplanada", prosigue, "se presta para una visión incorrecta del problema ecuménico. Hay tantos católicos que piensan que la no aceptación, por parte de Roma, de la intercomuni6n, de una eucaristía en conjunto con las Iglesias protestantes, es el último fruto de una mentalidad intolerante. No se reflexiona acerca de que, para el católico, la Iglesia -estructura querida como tal por el mismo Cristo- se basa sobre la sucesión apostólica y que, por consiguiente, no puede haber eucaristía (que exige el sacerdocio jerárquico) si aquella sucesión está interrumpida. Nosotros creemos que esto fue querido así por el fundador mismo del cristianismo".

Henos aquí enseguida en el tercer "campo de la crisis", el cual está estrechamente ligado al precedente y tal vez no es sino un aspecto de el; es tanta sin embargo su relevancia que merece ser tratado aparte. Se trata pues, de la crisis de la Fe en el dogma y en la ética de la Iglesia.

Ratzinger: "Muchos teólogos parecen haber olvidado que el 'sujeto' que hace teología no es el estudioso individual sino que es la comunidad católica en su conjunto: la Iglesia. De este olvido deriva un pluralismo teológico que en realidad es, con frecuencia, un subjetivismo, un

individualismo que tiene poco que ver, a veces, con las bases de la tradición común. Así, la Fe se fracciona en una serie de escuelas y corrientes. Se ha perdido de vista el servicio a la verdad que ejercita el dogma, considerándolo por el contrario, como una jaula intolerable, como un atentado a la libertad. Es, por el contrario, la autoridad, tal como fue querida por Dios, la que propone como un regalo a los creyentes, la expresión más adecuada de los misterios de la Fe, en la fórmula dogmática".

"Ahora bien, puesto que la teología no parece ya transmitir un modelo común de la Fe", agrega, "también la catequesis está expuesta al fraccionamiento, a experimentos que cambian continuamente. Algunos catecismos y muchos catequistas ya no enseñan la Fe católica en su conjunto -en el cual todo está interrelacionado y cada verdad presupone y explica las otras-, sino que tratan de hacer humanamente 'interesantes', según las orientaciones culturales del momento, algunos elementos del patrimonio cristiano. Ya no más formación global de la Fe sino reflexiones y hechos de experiencias antropológicas parciales. En realidad, desde los primeros tiempos del cristianismo aparece un 'núcleo' permanente e irrenunciable de la catequesis. Lo utilizó incluso Lutero, como igualmente el catecismo romano ordenado por el Concilio de Trento. Este núcleo irrenunciable está constituido por el 'Credo', por los 'Sacramentos', por el 'Decálogo' (mandamientos), por el 'Padre Nuestro'. Estos cuatro trozos clásicos son el resumen de la enseñanza de la Iglesia, la base de la vida del cristiano, que encuentra allí lo que debe creer (el símbolo de la Fe o Credo), lo que debe esperar (el Padre Nuestro), lo que debe hacer (el Decálogo), y el espacio vital en el cual todo esto debe realizarse (los Sacramentos). Ahora bien, esta estructura se ha abandonado en demasiadas catequesis católicas actuales, con los resultados de disgregación que comprobamos en las nuevas generaciones, con frecuencia incapaces de una visión de conjunto de su religión".

Continuando en su análisis sobre este punto, Ratzinger ve que la teología contemporánea se concentra sobre la 'sotereología', es decir sobre el problema de la salvación, de la redención, incluso de la "liberación", como se dice con una palabra que en este período ocupa el centro de la atención.

Observa: "Se busca 'liberación' en Sudamérica, entendiéndola sobre todo en sentido socio-económico, con los riesgos de deslizarse hacia una interpretación puramente política de la Fe. Pero también se busca 'liberación' en el mundo opulento, en Europa y en América del Norte: aquí se entiende como liberación de la ética cristiana, sobre todo de la visión tradicional de la sexualidad con los resultados frecuentemente aberrantes de un permisivismo moral que no es otra cosa sino un aspecto del 'liberalismo' dominante en estas zonas del mundo. Finalmente se busca también 'liberación' en Africa y en Asia, entendiéndola sobre todo como liberación de la malla colonial europea. Sin embargo, con frecuencia no es fácil establecer lo que es en verdad 'indígena', 'autóctono', vista la complejidad de aquellas culturas; ni es tampoco claro que cosa, en el cristianismo que conocemos, sea un elemento importado de la cultura occidental, o sea, por el contrario, un elemento perenne, válido en todo lugar. No olvidemos, además, que todos, incluso en Europa hemos recibido el evangelio del 'exterior', de una cultura semita, a través la mediación del helenismo. Alguna tendencia parece sugerir que ciertas 'inculturaciones' o 'indigenizaciones' apresuradas podrían conducir a religiones nuevas con respecto al catolicismo que conocemos".

"En resumen", concluye, "en América Latina el concepto profundamente bíblico de 'liberación' está expuesto a riesgos de sugerencias marxistas; en el 'primer mundo', a riesgos de contaminaciones con la cultura libertaria liberal-radical; en resto del 'tercer mundo', a riesgos de indigenismos discutibles: si se mira con atención se debe decir que mucho de aquello que se presenta como africano es una importación europea que tiene mucho menos relaciones con las tradiciones negras que la tradición cristiana clásica".

Las tendencias centrífugas son alimentadas frecuentemente por intelectuales europeos (es sabido que las centrales de cierta 'teología de la liberación' están en Paris o en Alemania), los cuales exportan sus esquemas teóricos y sus utopías: son occidentales, entre otros, muchos de los teólogos que sostienen la necesidad de salvaguardar la poligamia africana incluso para los bautizados. Todas las variantes

de liberación, finalmente, participan del riesgo común de fijarse sólo en la historia, olvidando lo sobrenatural, la dimensión vertical que, en equilibrio con la horizontal, permite al cristianismo continuar siendo lo que es.

Vengamos a la cuarta zona de crisis: la crisis de la Fe en la Escritura, como es leída por la Iglesia.

Dice Ratzinger: "El vínculo entre la Biblia y la Iglesia ha sido despedazado. La interpretación histórico-crítica de la Escritura ha hecho de ella una realidad independiente de la Iglesia: la Biblia no se lee ya a partir de la Iglesia y con ella, sino a partir del último método que pretende ser 'científico', afirmando que sólo de este modo es posible leerla correctamente. Esta independencia ha llegado a ser en realidad, en algunos, una contraposición, puesto que la Fe tradicional de la Iglesia, y sus dogmas, no parecen ya justificados según la exégesis crítica sino que aparecen solamente como obstáculos para la comprensión auténtica del cristianismo".

"Esta separación", dice, "tiende a vaciar desde el interior tanto a la Iglesia como a la Escritura. En efecto: una Iglesia sin fundamento bíblico se transforma en un producto histórico casual, que no es ya ciertamente la Iglesia de Jesucristo sino aquella organización humana, aquel mero marco organizativo, del cual hablábamos. Pero tampoco una Biblia sin la Iglesia es la Palabra eficaz de Dios, sino una colección de múltiples fuentes históricas de las cuales se trata de sacar, a la luz de la actualidad, lo que se considera útil. La última palabra sobre la Palabra de Dios no corresponde ya, en esta forma, a los legítimos pastores, es decir al Magisterio, sino al experto, al profesor, a sus hipótesis siempre cambiantes. Debemos comenzar a ver los límites de una exégesis que se presenta con la etiqueta mágica de 'científica', pero que es también ella en realidad una lectura condicionada por prejuicios filosóficos, de pre comprensiones ideológicas y que no hace otra cosa que sustituir una filosofía por otra".

Así pues, pregunto incluso un católico que quiera estar "al día" ¿puede permitirse leer su Biblia sin preocuparse demasiado por las cada

vez mas complejas cuestiones exegéticas? "Ciertamente", responde. "Todo católico debe tener el coraje de creer que su Fe (en comunión con aquella de la Iglesia unida a la de los legítimos pastores) supera a cualquier nuevo 'magisterio' de los expertos, de los intelectuales. Las hipótesis de estos pueden ser útiles para comprender la génesis de los libros de la Escritura, pero creer que se comprenda el texto estudiando únicamente como se desarrolló y se creó, eso es un prejuicio de derivación evolucionista. La regla de la Fe hoy como ayer, no está constituida por los descubrimientos sobre las fuentes y sobre los estratos bíblicos sino por la Biblia 'tal como está' y como siempre ha sido leída en la Iglesia, desde los Padres hasta hoy día."

Desde Europa a Africa pasando por la URRS y los EEUU.

"EN CIERTAS ZONAS EL MENSAJE CATOLICO PARECE HOY
'UN CUERPO EXTRAÑO'"

Lo que queda delineado sería el escenario general de una crisis que atenace a la Fe de la Iglesia y, con ella, al mundo y al hombre de hoy, incluso fuera de la comunidad católica. ¿ No es tal vez el celebre comienzo de la 'constitución sobre la Iglesia y el hombre contemporáneo' el que afirma: 'las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy, sobre todo de los pobres y de todos los que sufren, son también las alegrías y las esperanzas las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay en ellas que sea genuinamente humano y que no encuentre eco en su corazón', siendo la Iglesia 'real e íntimamente solidaria con el género humano y su historia'? Tratar de poner en descubierto lo que puede amenazar la Fe correctamente entendida no es, pues, un ejercicio de 'oficina', sino una contribución a la salvación del mundo, sea o no creyente.

Pero -pregunto-, en el marco inquietante así esbozado, ¿cuál es el continente, cuál el área geopolítica que merece la atención más urgente de la Congregación, por la calidad y cantidad de los peligros?

"Los factores generales de la crisis", responde, "se estructuran concretamente de manera diversa según las culturas, pero es difícil decir cual situación sea más amenazante. Si miramos a Europa se tiene la impresión que -incluso en el plano teológico- nos encontremos frente a un mundo desencantado, envejecido, afligido por la soberbia académica y la frialdad hastiada ; a tal punto que, si con frecuencia no tiene ya reacciones agresivas contra Roma, ello es porque, en su arrogancia, las juzga inútiles".

"Mirando a Norteamérica", continúa, "vemos un mundo en el cual la riqueza es la medida de todo y donde los valores y el estilo de vida propuestos por el catolicismo aparece más que nunca como un escándalo. La moral de la Iglesia es vista allí como un 'cuerpo extraño', lejano, que contrasta no sólo con los hábitos concretos de vida sino incluso con el modelo base del pensamiento. Llega a ser difícil, si no imposible, presentar la auténtica ética católica como razonable, puesto que está tan distante de lo que es considerado normal y obvio. Así , muchos moralistas de los Estados Unidos (al otro lado del Atlántico se trabaja sobre todo en torno a la ética, mientras que en el plano de la teología y de la exégesis son tributarios de Europa) creen estar constreñidos a escoger entre el disenso con la sociedad o el disenso con el Magisterio. Muchos escogen este último disenso, adaptándose con compromisos a una ética secular que termina con frecuencia con des-cuadrar a hombres y mujeres en su naturaleza profunda, conduciéndolos a nuevas esclavitudes, mientras se pensaba liberarlos".

"Si miramos al Africa y al Asia", agrega, "encontramos aquella 'inculturación' frecuentemente problemática, de la cual habló Desde hace un cierto tiempo, se ha creado una 'unión ecuménica de los teólogos africanos' que reúnen exponentes de todas las confesiones; pero el peligro está en que, a nombre de una ' negritud ' de contornos inseguros (y de un ecumenismo que considera a cada confesión igual a las otras en lo que se refiere a lo esencial), se termine por olvidar la unidad católica. Esa unión se esfuerza por convocar a un 'Concilio' africano, cuyos contenidos sin embargo no parecen todavía bien clarificados".

Antes de pasar a América Latina, quedan los países del Este. Paradojalmente (pero no demasiado), la Fe parece encontrarse más protegida precisamente allí donde es oficialmente perseguida.

En efecto, dice el Prefecto: "en el plano doctrinal, no hay casi ningún problema con la teología católica de esas zonas. Ahí, intentar el diálogo no significa por cierto exponerse al peligro de convertirse a las posiciones del interlocutor: los cristianos miden todos los días la quiebra del mesianismo humano. La gente siente sobre su propia piel la realidad de un sistema que ha intentado una liberación, sí, pero una liberación de Dios. Hoy día solamente allí donde el marxismo no tiene el poder existe todavía alguno que crea en sus falaces 'verdades científicas'. Incluso en algunos países del Este parece emerger la idea de profundizar la dimensión de la liberación en la teología sobre la base de las experiencias hechas en otros lugares, bajo regímenes no marxistas. Lo que no significa que miren con simpatía a las ideologías y costumbres que prevalecen en occidente. El Cardenal Primado de Polonia, Stefan Wyszynski, era un hombre que sólo temía a Dios: sin embargo ponía en guardia frente a hedonismo y al permisivismo occidental, no menos que ante la represión marxista. Alfred Bengsch, Cardenal de Berlín, me decía a su vez que veía un peligro más grave para la Fe en el consumismo occidental y en una teología contaminada por esa actitud que en la ideología marxista".

Es el mismo Joseph Ratzinger quien me habla de un ejemplo entre los muchos en que, no en el Oriente, sino en el Occidente, le parece descubrir la marca de lo satánico: "hay algo de diabólico en el modo con que se explota el mercado de la pornografía y de la droga, en la frialdad perversa con la que se corrompe al hombre aprovechando su debilidad, su posibilidad de ser tentado y vencido. Es infernal una cultura que persuade a la gente que el único objetivo de la vida es el placer y el interés privado".

Y sin embargo si se le pregunta cual de los muchos ateísmos de nuestro tiempo le parece más insidioso, dice: "me parece que el marxismo, a causa de su elaboración filosófica y de sus intenciones morales

es una tentación más profunda que los ateísmos superficiales. En la ideología marxista aparece también la herencia judeo-cristiana transformada en un profetismo sin Dios que instrumentaliza para sus fines políticos las fuerzas religiosas del hombre, su esperanza en el reino de libertad y de vida prometido por la Biblia. Ernst Bloch, por ejemplo da una interpretación de la Escritura opuesta a la lectura clásica: para él la serpiente que tienta a Adán y a Eva, es el primer cristiano aquel que anuncia la liberación del hombre; y la expulsión del Paraíso es interpretada como el comienzo bendito de la revuelta contra todos los límites, comenzando por Dios. Tal aplicación de la herencia bíblica da a muchos creyentes en Cristo la ilusión de combatir por la misma causa, por la misma esperanza".

"El difícil diálogo con los teólogos de Sudamérica"

"ALGUNOS REPITEN: '¡REVOLUCION!'. PERO NO DICEN QUE HACER DESPUES"

Y aquí la reflexión se ensancha hacia América Latina y hacia aquellas formas de Teología de la Liberación que allí se han desarrollado.

Es con aire adolorido, más que con el ceño severo de inquisidor como el Cardenal Ratzinger me ha hablado de la imposibilidad de dialogar con los teólogos que aceptan "aquel mito ilusorio que bloquea las reformas y agrava la miseria y las injusticias, como es la lucha de clases como instrumento para crear una sociedad sin clases". Dice: "Si, con la Biblia y la Tradición en la mano se trata de enfrentar a ciertas interpretaciones desviadas del Cristianismo, esto es rotulado de inmediato como un recurso de servidor de una clase dominante que quiere conservar el propio poder, incluso apoyándose en la Iglesia. Cualquier intervención del Magisterio eclesial, incluso el más reflexivo y respetuoso, se lee con desconfianza cuando no es rechazado

a priori como expresión de quien, no habiendo asumido 'la opción de clase', se ha puesto al lado de los 'patrones' contra los pobres y los que sufren, a los cuales se quiere robar a Cristo, su liberador político".

En realidad, "la causa de los pobres parece precisamente traicionada por ciertas interpretaciones de las Sagradas Escrituras que se apoyan en instrumentos de análisis que siempre se han revelado como fuentes de sufrimiento para el mismo pueblo".

Me ha hablado luego, del desagrado que le producen los textos de algunos de aquellos teólogos: "hay un ritornello insistente: 'es necesario liberar al hombre de las cadenas de la opresión político-económica; para liberarlo, no bastan las reformas, y son incluso contraproducentes; lo que se necesita es la revolución; y el sólo modo de hacer la revolución es proclamar la lucha de clases'. Los que repiten esto no parecen plantearse ningún problema concreto, práctico, acerca de cómo organizar una sociedad después de la revolución: se limita a repetir que hay que hacer la revolución".

"Golpea dolorosamente", dice, "esta ilusión tan poco cristiana de poder crear un hombre y un mundo nuevos no llamando a cada uno a la conversión, sino modificando solamente las estructuras sociales. El Evangelio de Jesucristo es, sí, un mensaje de libertad y una fuerza de liberación, pero ésta es ante todo y principalmente liberación de la esclavitud radical del pecado. Su objetivo y su punto de llegada es la libertad de los hijos de Dios, la que es don de la Gracia. Ella trae consigo, como lógica consecuencia, la liberación de las múltiples esclavitudes de orden cultural, económico, social y político, todas las cuales derivan sin embargo, en definitiva, del pecado que anida en el fondo del corazón de cada cual. Son verdades cristianas fundamentales, y no obstante ello, muchos teólogos las rechazan como si fueran reflexiones 'espiritualísticas'. Así, recordar que el Evangelio nos impulsa a transformar la tierra llevándola al máximo posible de justicia, pero con la mirada fija hacia adelante, hacia el Reino de Dios que no es de este mundo, eso es acusado como 'dualismo'. Precisamente, el olvido de la trascendencia divina no sólo vacía

desde el interior el Cristianismo, sino que conduce a todos a la trágica situación contemporánea que conocemos bien".

Basten aquí estas referencias a América Latina y a sus muchas (algunas incluso legítimas) "teologías de la liberación". Joseph Ratzinger, en la introducción al encuentro celebrado en Marzo (1984) en Bogotá con los representantes del Episcopado de ese continente, ha dicho que el coloquio no podía "limitarse únicamente a la teología de la liberación, a la cual no pueden reducirse los problemas de la Iglesia y de la Teología, ni siquiera en Sudamérica. Que la soteriología, es decir el problema de la redención - liberación, haya llegado a ser el problema fundamental de la humanidad de hoy, eso es una desafío excepcional para la Iglesia. Este desafío es, al mismo tiempo, una opción favorable y un peligro. El peligro está en esto: que nos dejemos sugerir el punto de vista inmanentístico de los programas de liberación secularizados. Si buscamos la verdad del Cristianismo sólo en lo natural y no también en lo sobrenatural, privamos a la Fe de su promesa original y amputamos al hombre, cuya característica es precisamente la de superar la naturaleza.

"A propósito de la estructura de las conferencias episcopales"

"ES NECESARIO DEVOLVER A LOS OBISPOS SU PLENA RESPONSABILIDAD PERSONAL"

Encaminándonos hacia el fin - y dejando aparte en este resumen otros temas también importantes - nos parece necesario llamar la atención al menos sobre un problema más. ¿Con qué estructuras jerárquicas, esto es, con qué cuerpo episcopal afronta la Iglesia el desafío decisivo de este jirón de siglo que se abre hacia su tercer milenio? ¿No hay acaso quienes dicen que ciertos episcopados tienen en su interior una diversidad de opiniones que dificulta la homogeneidad?

El Cardenal da una respuesta franca: "en los años inmediatamente después del Concilio, se imponía una reformulación de la 'identidad' del candidato al Episcopado. Según mi impresión en ese período un aspecto primordial estuvo constituido por la 'apertura al mundo'. Característica apreciable, ciertamente, adecuada a aquellos tiempos;

pero después de la crisis del '68, nos hemos dado cuenta que se necesitaban, sí, obispos 'abiertos' al mundo pero también capaces de oponerse a sus tendencias negativas tratando de corregir las desviaciones cuando ello fuera posible. En estos años, pues, la elección de los obispos se ha hecho más 'realista', pero, no por esto menos conciliar: ¿no es acaso el realismo de quien está atento a 'todos' los signos de los tiempos una de las recomendaciones principales del Vaticano II?".

En esta perspectiva, y siempre en esta línea se plantea el problema de las conferencias episcopales ("las cuales", precisa Ratzinger, "no tienen una base teológica como sucede por el contrario con los Obispos individualmente considerados, sino sólo una base práctica, concreta: bueno será no olvidarlo"), que en algún caso parecen haber asumido una demasiado compleja estructura organizativa. Aquí el Prefecto ve otro de los "efectos paradójales" del Vaticano II, "el cual quería reforzar el papel y la responsabilidad del Obispo completando así el trabajo del Vaticano I, interrumpido por la caída de Roma cuando sólo había logrado tratar acerca del papel del Papa. En cambio la inserción del Obispo en conferencias episcopales cada vez más estrechamente organizadas amenaza con ofuscar su responsabilidad personal para con la diócesis en la cual, en comunión con la Iglesia, es pastor y maestro de la fe. La conducción de la porción de Iglesia que le está confiada es ante todo suya y no de la conferencia episcopal local. La Iglesia Católica se mantiene en equilibrio entre la comunidad y la persona en este caso el Obispo y su responsabilidad individual. Estructuras burocráticas, forzadamente anónimas que necesitan para decidir borradores preparatorios redactados por oficinas apropiadas, y que terminan por producir textos un poco sin relieves, en los cuales las posiciones personales se liman. Así el escándalo y la locura del Evangelio como 'sal' y 'levadura' hoy más que nunca necesarias, terminan por estar menos presentes, sobre todo cuando la situación amenaza de ser dramática. En mi país, Alemania, existía ya una conferencia episcopal ya en los años '30: ahora bien los documentos realmente vigorosos contra el nazismo fueron aquellos que procedían de cada uno de los Obispos valientes. Los de la confe-

rencia aparecían en cambio, con frecuencia un poco mortecinos con respecto a lo que exigía la tragedia".

Sonríe, bebiendo el vaso de agua que es su único alivio durante la pausa de media mañana y de media tarde (en cambio las buenas hermanas sudtirolesas envician al periodista con café y bizcochos): "¿Sabe?, nosotros sacerdotes católicos de mi generación fuimos educados en Seminarios en los cuales se recomendaba evitar las contraposiciones entre hermanos, buscar siempre el punto de acuerdo, no ponerse nunca demasiado en evidencia con posiciones excéntricas. Así, en muchas Conferencias Episcopales, el espíritu de grupo, tal vez la voluntad de vivir tranquilamente, o incluso el conformismo, impulsan a las mayorías un tanto pasivas a aceptar las posiciones de minorías osadas".

Pensando tal vez en esto ríe, y hace simpáticas señales de negativa con la cabeza cuando le pregunto -para bajar la tensión con una pregunta un poco tonta- si le gustaría una Iglesia que tuviera su centro no en Roma sino en Alemania, tal vez en su Munich. "¡Qué lío!", se ríe. "Tendríamos una Iglesia demasiado organizada. Piense que del sólo Arzobispado mío dependían cuatrocientos funcionarios y empleados. Cada oficina debe justificar su existencia. produciendo documentos; los expertos recorrían las parroquias y después el párroco se quejaba conmigo: 'Aquí me queda sólo la confusión...'. Mejor es tal vez Roma, mejor el espíritu italiano que -no organizando demasiado- deja espacio a aquella personalidad, a aquella iniciativa, a aquellas ideas que, como decía, son indispensables para la Iglesia. Me agrada la 'humanidad' italiana que siempre deja espacio a la persona entre las mallas de las leyes y los códigos, los cuales son hechos para el hombre y no viceversa. Permítame decirle que, desde Alemania, también yo miraba con escepticismo e incluso con desconfianza o impaciencia el trabajo de la Curia Romana. En Roma me he dado cuenta que esta Curia es mucho mejor que su fama: está compuesta en gran mayoría por personas que están allí por verdadero espíritu de servicio".

"No puede ser de otro modo, si se considera la modestia de los sueldos de la Curia, los que para nosotros, en Alemania, estarían en

el límite de la pobreza. Considerando también que el trabajo de los más es un trabajo detrás de bambalinas sin aparecer jamás, preparando documentos o intervenciones que serán atribuidos a otras personas, a los vértices de la estructura. Finalmente también la proverbial lentitud vaticana tiene sus aspectos positivos: saber diferir las cosas, como ustedes dicen, tiene sus ventajas y permite una decantación de las situaciones que no sería posible con una excesiva rapidez".

Otro sorbo de agua y en seguida agrega sonriendo aún: "A propósito de estructuras escriba también que aunque si nosotros, del ex Santo Oficio como nos llaman, quisiéramos instaurar una dictadura no podríamos hacerlo: somos en total unas treinta personas para cuatro secciones. En la sección doctrinal, la más atacada por las críticas somos en total diez personas. ¡Muy poco para conspirar un 'golpe' teológico!"

"La Virgen María como defensa de la fe"

"POR QUE ES NECESARIO VOLVER A MARIA"

Si la reflexión sobre María siempre ha sido esencial para la fe cristiana, hoy es indispensable y urgente como tal vez en pocas otras épocas de la historia de la Iglesia. "Antes del Concilio", confiesa el Cardenal Ratzinger, "no comprendía del todo ciertas antiguas fórmulas como 'María es la enemiga de toda herejía'. Otras, como el célebre 'nunca se dice demasiado de María', me parecían excesivas. Habiendo cambiado la situación, durante y después del Concilio, y profundizando el tema he debido corregirme. De algunos puntos estoy ahora más convencido que nunca: 1º) Reconocer a María el lugar que el dogma y la tradición católica le asignan, significa estar sólidamente arraigado en la auténtica cristología. Los dos dogmas marianos más antiguos, la perpetua virginidad y la Maternidad divina (pero también los dos posteriores: la Inmaculada Concepción y la Asunción), ponen, en efecto, en resguardo la fe en Jesús hombre-Dios y salvaguardan las prerrogativas del Padre omnipotente, que puede in-

tervenir también sobre la materia. Sin contar con que llaman la atención sobre las realidades últimas, sobre aquella resurrección de los cuerpos, incluso el sentido material, que hoy es tan rechazada.

2º) La mariología de la Iglesia supone la justa relación, la necesaria integración, entre Escritura y Tradición; además del hecho que ella lee conjuntamente, de modo indisoluble, el Antiguo y el Nuevo Testamento, hoy entre los errores más frecuentes está el de desequilibrarse o bien hacia el Antiguo Testamento o bien hacia el Nuevo.

3º) La correcta devoción mariana garantiza a la Fe también la dimensión del 'corazón', como diría Pascal. Para la Iglesia el hombre no es ni sólo razón ni sólo sentimiento sino la unión de ambas dimensiones. La presencia de María ayuda a vivir esta totalidad. Queda aún el tema, hoy día tan agudo, de la mujer: virginidad y fecundidad (estos dos dones de Dios a la mujer), son rechazados por cierto feminismo incluso cristiano, desarraigando así la dimensión femenina, de su naturaleza profunda. La Virgen, con su destino de Virgen y esposa, proyecta luz sobre lo que el Creador quiso para la mujer".

A una de las cuatro secciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe, corresponde ocuparse de la apariciones marianas. Cardenal Ratzinger, ¿usted ha leído el así llamado "tercer secreto de Fátima", aquel que fue enviado por Sor Lucía al Papa Juan, el cual no quiso revelarlo y mandó depositarlo en los archivos? "Sí, lo he leído". "¿Por qué ese secreto no es revelado?. "Porque, según el juicio de los Pontífices, no agrega nada distinto a lo que un cristiano debe saber por la revelación: un llamado radical a la conversión, la absoluta seriedad de la historia, los peligros que amenazan a la Fe y a la vida del cristiano y por lo tanto al mundo. Y además la importancia de las postrimerías. Si no se lo publica - al menos por ahora - eso es para evitar que la profecía religiosa se confunda con el sensacionalismo. Pero los contenidos de aquel 'tercer secreto' corresponden al anuncio de la Escritura y son recalcados por muchas otras apariciones marianas, comenzando por la misma de Fátima en sus contenidos conocidos, la conversión y la penitencia son condiciones esenciales para la salvación.

En cuanto a Medjugorje, ¿es inminente una toma oficial de po-

sición?". "En este campo la paciencia es un elemento esencial de la política de nuestra Congregación. La revelación terminó con Jesucristo el cual es, El mismo, nuestra revelación. Pero no podemos ciertamente impedir a Dios hablar a este nuestro tiempo, incluso a través de personas sencillas y de signos extraordinarios que revelan la insuficiencia de una cultura como la nuestra marcada por el racionalismo".

VITTORIO MESSORI

Noviembre 1984.-

CENTRAL APUNTES
D.G.E. U.C.
LIRA # 87